

lirico Alto en el Camino henchido por la luz del *alba verdadera*. Es por ella que este médico moderno, ágil de corazón y de estilo, pule su alma en el incesante mirar de los días, en la busca sin tregua del instante fecundo. Sus artículos y ensayos carecen del vano paramento: son fuerzas de cultura que buscan cauces más allá del suyo propio. Alejandro Reyes observa el mundo con iris vasto y fraternal. El «ramóngómezsernismo» le apasiona tanto como la estampa de Carrel. Y en cada línea, sobre, o bajo ellas, es el aliento sacro de la libertad la savia que anda y las vivifica.

Esta última condición es la más tónica. Alejandro Reyes, condecorado con un destierro, entiende que el precio de la justicia es alto y acre. Mas no rehuye su contribución. Y aunque no juega con las tontas bengalas de la demagogia, nunca esconde el fuego que le nutre. Le impulsa, lo asedia y lo ennoblece, el fuego de una cultura sincera puesta al servicio de un hombre exento de las llagas externas y las llagas atroces que no se ven, y que, a la postre, son las peores.

¡Hermosa gavilla de ideas es este libro! ¡Buen monumento de una vida echada en los surcos del bien y la belleza—ANDRÉS SABELLA.

<https://doi.org/10.29393/At275-21AIMA10021>

AMOR IGUAL A ELLA, por *Salvador Murillo*.—Ediciones «Acanto».
Santiago de Chile.

Salvador Murillo, joven poeta de Nicaragua, publicó el año pasado su primer libro de poesía.

Murillo está directamente emparentado con la poesía española contemporánea, especialmente con la del poeta español Manuel Altolaguirre. El gran mérito que tiene la poesía de este nicaragüense es la absoluta falta de retórica, la clarísima sencillez, blanca, nostálgica, de su manera poética, y la diafanidad en el uso del endecasílabo, en contacto tal vez con Garcilaso, a quien recuerda por su transparencia clásica, íntima, de poesía eterna.

También, aunque de lejos, nos vienen ciertas reminiscencias de Bécquer, en los primeros poemas del libro, tan llenos de una ternura simple, dirigidos a lo permanente humano:

«Los ángeles del sueño la rodean».

O en el paso de la sombra (el arpa en el rincón), a la manera becqueriana:

«Alada, pasajera, fugaz habitadora
de una estrella».

Una brisa renovada venida del poeta malagüeño cruza por estos versos de Murillo:

«Bajo el silencio de lá noche clara
el río va contigo de la mano...»
«Quién fuera como el río, fiel amante
hasta en la rosa nube de mañana».

Versos tan hermosos como los del segundo poema de Manuel Altolaguirre colocado en sus nuevos poemas de «Las Islas invitadas», y de quien—no por influencia decisiva ni por imitación tonta, sino por temperamento poético semejante—proviene.

Junto a Ernesto Cardenal y a Carlos Martínez, Salvador Murillo concreta, con este primer libro, la última poesía de Nicaragua, vueltos los ojos hacia la España eterna, entrevista, con su destino de americano, en el único continente limpio de la tierra.—M. A.



EL POETA RICARDO NAVIA

«Las Nubes Trágicas» es un pequeño libro de poemas de Ricardo Navia. Contiene sólo tres, precedidos de un prólogo que firma Antonio de Undurraga. Antes de entrar en un comentario, no puedo dejar de referirme a la terrible tapa con que sale a la